CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **59**
Exhibición Nº **7576**

Cine **GAUMONT**

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, domingo 6 de mayo de 2012

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

UN DIOS SALVAJE

(*Carnage,* Francia / Polonia / España / Alemania - 2011)

Dirección: ROMAN POLANSKI. *Guión*: Yasmina Reza, Roman Polanski . *Dirección de fotografía:* Pawel Edelman. *Diseño del film:* Dean Tavoularis. *Música original*: Alexandre Desplat. *Mezcla de sonido*: Jean-Marie Blondel. *Montaje*: Hervé de Luze. *Decorados*: Franckie Diago. *Vestuario*: Milena Canonero. *Elenco:* Jodie Foster (Penelope Longstreet), Kate Winslet (Nancy Cowan), Christoph Waltz (Alan Cowan), John C. Reilly (Michael Longstreet), Elvis Polanski (Zachary Cowan), Eliot Berger (Ethan Longstreet), Joseph Rezwin (Walter), Nathan Rippy (Dennis), Tanya Lopert (voz), Julie Adams (voz), Lexie Kendrick. *Producción*: Saïd Ben Saïd, Oliver Berben, Martin Moszkowicz, Jaume Roures. *Producción ejecutiva*: Javier Méndez. *Productoras*: SBS Productions, Constantin Film Produktion, SPI Film Studio, Versátil Cinema, Zanagar Films, France 2 Cinéma, Canal+, CinéCinéma, France Télévisions, Polski Instytut Sztuki Filmowej, Wild Bunch. *Duración*: 80’.

Este film se exhibe por gentileza de Alfa Films

El Film

Una divertida comedia sin miedo a satirizar la sociedad biempensante que nos hemos inventado con el infundio de lo políticamente correcto. Polanski regresa con toda la artillería de su talento para poner su probada astucia como director al servicio de la adaptación de la obra teatral de Yasmina Reza. Y da una lección de cómo adaptar teatro al cine sin hacer teatro filmado, bidimensional o plano. Un dios salvaje es una película plena de sentido cinematográfico tanto en su planteamiento visual como en el dinamismo de sus diálogos, servidos de lujo por su cuarteto protagonista. Teniendo en cuenta esos mimbres, la película es por un lado una comedia desternillante y al mismo tiempo un dibujo o testimonio de nuestra sociedad, pero junto con su indudable eficacia como pieza de humor de ritmo envidiable, es todo un laboratorio para aprender cómo contar cosas en el cine.
Habituado a explotar los espacios interiores por los que pasean sus personajes con el máximo de rendimiento cinematográfico (ejemplos no faltan en algunas de sus películas más interesantes, como **El cuchillo en el agua, Repulsión, El inquilino, La muerte y la doncella, El bebé de Rosemary**), Polanski saca el máximo partido a las evoluciones de los cuatro monos supuestamente sabios pero inevitablemente imbéciles que habitan esta historia de apariencias tras la que se oculta un puñado de verdades demoledoras. Pero en lugar de darnos la brasa, la paliza o la plasta con un discursillo en plan homilía, como hacen algunos pregoneros que entienden mal el cine de autor o torturan al personal con sus pajas mentales sobre la existencia, Polanski se alía con el texto de Yasmina Reza y hace de su película algo parecido a esos espejos que nos devuelven nuestra propia imagen deformada hasta provocarnos la risa, sin ocultar una de las verdades que definen a la comedia en cualquiera de sus formas: que detrás de cada risa se oculta siempre un punto de tristeza, cuando no una seria tragedia, como por ejemplo en este caso habernos convertido en una tribu de tontos que cada día progresan más en atontar a nuestra civilización.
Lo bueno de la película de Polanski es que toda su autocrítica y el abundante vitriolo que vierte sobre sus personajes en esta metáfora tan fácilmente aplicable a las miserias de nuestro presente, entre las cuales posiblemente la más grave sea esa preocupación ya francamente insana sobre las apariencias que deberíamos haber superado como sociedad, nos llega servida a lomos de un encadenamiento trepidante de situaciones hilarantes y diálogos hirvientes que son un brillante duelo de esgrima entre los personajes. Polanski les

proporciona a sus cuatro protagonistas un auténtico caramelo para lucirse que posiblemente de como resultado alguna que otra nominación al Oscar, pero además, lo que sin duda es más importante, demuestra que la reflexión sobre cómo somos y cómo nos comportamos no tiene por qué ser un peñazo aburrido, sino muy al contrario. La mejor muestra de ello es que se permite el lujo de no salir con la cámara de un par de escenarios, el interior del piso y el pasillo que da al ascensor de la casa. Es un entorno que Polanski encierra en el paréntesis de esos planos exteriores en el parque en el prólogo que le sirve para incluir los títulos de crédito iniciales y en el epílogo, en el mismo parque, donde nos suelta los títulos de crédito finales.

En el parque, unos niños que son el origen de todo el embrollo posterior de los padres, cuidadosamente encerrados en otro paréntesis, dos árboles. Esa misma situación y ángulo de cámara se repite al final, con los críos también entre el paréntesis de los árboles. Y dentro del paréntesis, los padres frente a un conflicto que fácilmente puede servir como metáfora de muchas cosas. De la forma en la que están planteados la geopolítica o los pactos a nivel internacional, de la ONU... y desde ahí hasta la última de reunión de vecinos en la que hayamos podido participar. Y en ese espacio, que está dedicado a la crítica y el humor, Polanski tiene también algún que otro momento de guiño capaz de sembrar la inquietud, como el momento en que los padres de los críos están a punto de liarse a tortas cuando comparan sus trabajos y empiezan a hablar de los mecanismos de las cisternas o ese otro momento crítico en el que el padre y la madre del niño agredido bromean sobre el apodo de la madre del niño agresor sin darse cuenta de que tras ellos está el marido de la vilipendiada, mirándoles. Es esa tensión que recorre la historia bajo los ropajes de la comedia lo que resulta más inquietante de este viaje al interior rodado en interiores pero sin dependencia teatral.

Es importante en ese juego que menciono cómo maneja el director el espacio privado de los personajes, y su invasión por el resto de los protagonistas. Observado cuidadosamente, es casi como la coreografía de un musical al que no le faltan ecos siniestros, porque Polanski consigue mantenernos en la intriga a base de hacernos pensar que en cualquier momento puede suceder cualquier cosa entre estos cuatro seres supuestamente civilizados obligados a compartir un espacio cerrado. Es en eso en lo que **Un dios salvaje** tiene mucho en común con otra obra maestra del humor negro e inquietante: **El ángel exterminador**, de Luis Buñuel. Es también en ese tapiz de dimensiones sólo aparentemente reducidas donde Polanski, director que ha mostrado también la solvencia de su talento en grandes espacios y paisajes como los de **Tess** o **Chinatown**, por citar sólo dos ejemplos particularmente significativos, confirma su habilidad para moverse en el entorno de lo privado, que como tal, suele ser lo más inquietante. El plano de arranque en el que el director presenta a sus cuatro protagonistas haciendo retroceder la cámara en un travelling que parte del personaje de Jodie Foster, el motor de arranque de la trama, que va a ser lógicamente el personaje que tenga un arco de desarrollo más pronunciado en la misma, es toda una declaración de principios sobre el tratamiento visual que va a aplicar a la brillante obra teatral de Yasmina Reza.

(Miguel Juan Payán, extraído de www.accioncine.net)

Si hay algo que siempre temo al enfrentarme a la adaptación cinematográfica de una obra de teatro es que resulte demasiado estática y artificial; es decir, demasiado teatral. Pero cuando se trata de un director como Roman Polanski, curtido en estas lides como demuestra su excelente **La Muerte y la Doncella**, no hay por qué temer. Bien cierto es que en sus primeros compases **Un Dios Salvaje** adolece de los defectos mencionados anteriormente, pero debido a motivos completamente ajenos al origen del texto en que se basa; ansioso por homenajear **El Ángel Exterminador** de Luis Buñuel, Polanski provoca la permanencia de Nancy y Alan en el piso de Penélope y Michael de una manera un tanto forzada. Una vez superado este pequeño capricho, la película empieza a tomar cuerpo y nada consigue desviar la atención de lo que está ocurriendo entre estos dos matrimonios.

Polanski aprovecha este film para arremeter contra lo que considera una civilización occidental en decadencia, que no sabe discernir lo banal de lo importante y no es capaz de establecer una escala de valores coherente. El director polaco enfrenta a sus personajes con el único objeto de dejar al descubierto sus miserias y las de aquellos espectadores suficientemente autocríticos como para darse cuenta de que esos personajes no son más que el reflejo de la sociedad en que tan cómodamente vivimos. Estamos ante reflexión, dejando en entredicho nuestra dependencia de lo material frente a lo espiritual. Los personajes discuten entre sí, defienden sus opiniones a toda costa e intentan justificar el comportamiento de sus hijos, pero solo pierden los nervios cuando se estropea un móvil, se moja accidentalmente una colección de arte o un bolso sale volando por los aires; algunas de sus pertenencias parecen ser lo único que les hace reaccionar o despertar del letargo emocional en que está inmersos. Aún así, el director de **Chinatown** decide salvar a uno de sus personajes. Michael (John C. Reilly) es un tipo poco sofisticado, sin ambiciones desmesuradas, tiene un trabajo de perfil medio-bajo sin grandes aspiraciones, es bastante conciliador y parece disfrutar de las pequeñas cosas de la vida; realmente es el único que vive en paz consigo mismo, mientras que los demás personajes son un “quiero y no puedo”, viven esclavizados por sus ambiciones profesionales o simplemente están frustrados con su vida.

Un Dios Salvaje es fundamentalmente una película de personajes, en la que sus actores son las verdaderas estrellas. Kate Winslet realiza un trabajo memorable, tal y como nos tiene acostumbrados; John C. Reilly desprende la naturalidad que siempre le ha permitido bordar al hombre medio americano. Pero quien se lleva el gato al agua es el austríaco Christophe Waltz, quien ya asombrara a medio mundo con su magistral interpretación en **Bastardos sin gloria**; sorprende comprobar que su gran capacidad para el drama es igualada por su talento para la comedia. Por el contrario, una actriz tan contrastada como Jodie Foster no

logra brillar en su papel; ya sea por la dirección de Polanski o por la forma de interpretarlo, su personaje resulta demasiado extremo y poco creíble.

Podríamos disfrutar de **Un Dios Salvaje** como una simple comedia, pero estaríamos desperdiciando una preciosa oportunidad para realizar el ejercicio de autocrítica que tanta falta nos hace. Roman Polanski ha vuelto para quedarse, pero no de una manera complaciente, sino para molestarnos un poco.

(Carlos Fernández Castro, extraído de http://www.bandejadeplata.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas